



Cuentos para la Ceremonia del café

Fede Gomis Coloma







Cuentos para la Ceremonia del café

Cuentos
para la
Ceremonia
del
café

Fede Gomis Coloma

*A José L., José G., Belén, Roisin, Lucía y Sole,
quienes compartieron conmigo el viaje a Etiopía.*

*A Henok, Habtamu y a todo el campamento de
las Hermanas de la Caridad en Alamata.*

*A Ximo, mi tutor, que me ha
aconsejado en cada duda.*

*A mi amiga Paula, que me ha acompañado
y ayudado en todos los días de trabajo
con las sesiones de “bibliotequeo”.*

*A toda mi familia, especialmente
a mis padres y mis hermanas Isabel y Teresa.*

Nada de esto habría salido a la luz sin vosotros.

Cuentos para la Ceremonia del café

Autor y Editor: Fede Gomis Coloma

Textos traducidos de cuentos populares de Etiopía

Traducción: Fede y Teresa Gomis Coloma

Maquetación, Ilustración y Cubierta: Fede Gomis Coloma

1.º edición: junio 2020

Impresión: Armando Silvestre

Carrer de Carolina Álvarez, 5, 46023 Valencia

Encuadernación: Encuadernaciones Aguilar

Carrer d'Albalat dels Tarongers, 38, 46021 Valencia

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total ni parcial
sin el permiso previo del titular de los derechos de propiedad intelectual.

ÍNDICE

PRÓLOGO: LA CEREMONIA DEL CAFÉ	12	EL HIJO DEL REY DE LAS RATAS	46
EL ORIGEN DEL CAFÉ	14	EL CUERVO NEGRO	50
EL CHACAL Y EL CONEJO	18	CÓMO EL GATO SE HIZO AMIGO DE LA MUJER	52
EL BABUINO JEFE	22	EL COCODRILO Y EL CORAZÓN DEL MONO	54
EL RATÓN Y LA RANA	26	ZEYTA HASEBE Y EL REY	58
EL PERRO LADRÓN AVARICIOSO	28		
EL HOMBRE, SU HIJO Y SU CABALLO	30		
EL ELEFANTE Y EL MONO	32		
¿POR QUÉ LOS PERROS LADRAN A LAS HIENAS?	34		
EL CIELO SE ESTÁ CAYENDO	36		
LOS ÁRBOLES	42		
EL JUICIO DE DIOS	44		

PRÓLOGO: LA CEREMONIA DEL CAFÉ

Etiopía es un país muy hermoso al que siempre le he tenido un especial cariño. Años atrás fueron mis hermanos mayores los que se adentraron a conocerlo, pero fue en el verano de 2019 cuando su llamada me llegó a mí.

Participé en un voluntariado junto a unos amigos dentro de un campamento de las Hermanas de la Caridad en la región de Alamata. Allí pude conocer muchas de las maravillas que esconden Etiopía, pero ninguna comparada a la Ceremonia del Café.

Esta celebración ancestral consiste en la reunión de dos o más personas en una misma casa para disfrutar de café recién hecho y poder compartir un momento de convivencia único. De esta manera se refuerzan amistades, se entablan vínculos entre familias, se reconcilian vecinos, se celebran diversos acontecimientos y es un momento privilegiado para enseñar a pequeños y mayores a través de sencillas historias.

Durante la ceremonia se sirven tres rondas de café a cada persona. La primera se llama Abol y tiene un sabor más fuerte; es una taza para empezar a socializar y mostrar respeto entre los reunidos. La segunda es la Tona, en la que se añade un poco de agua a la infusión preparada; ésta sirve para alcanzar una conclusión a la reunión realizada. Por último, está la tercera ronda, la Baraka, con café mucho más ligero; al ser un café tan suave simboliza la armonía del momento.

A lo largo de toda la ceremonia también se toma algún aperitivo, normalmente palomitas de maíz dulces. Y en este momento tan especial que compartíamos todos los reunidos, comenzamos a escuchar como la buena gente que nos había invitado nos contaba historias.

Son este tipo de cuentos, que tanto se comparten en Etiopía, los que quiero compartir en este libro.

Fede



EL ORIGEN DEL CAFÉ

No, el café no lo inventó ningún rey ni ningún duque. No surgió como resultado de importantes estudios en los antiguos imperios europeos.

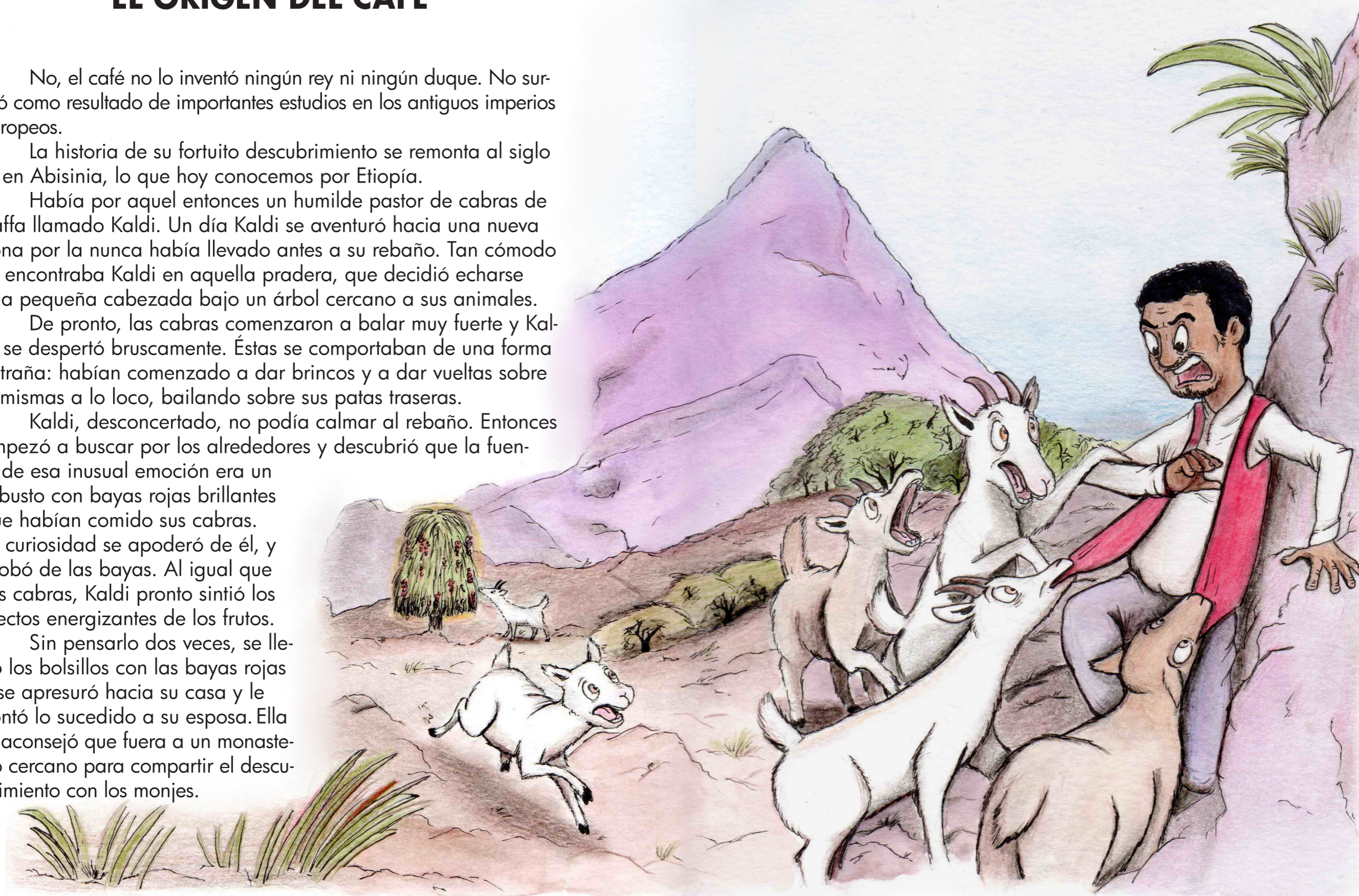
La historia de su fortuito descubrimiento se remonta al siglo XI en Abisinia, lo que hoy conocemos por Etiopía.

Había por aquel entonces un humilde pastor de cabras de Kaffa llamado Kaldi. Un día Kaldi se aventuró hacia una nueva zona por la nunca había llevado antes a su rebaño. Tan cómodo se encontraba Kaldi en aquella pradera, que decidió echarse una pequeña cabezada bajo un árbol cercano a sus animales.

De pronto, las cabras comenzaron a balar muy fuerte y Kaldi se despertó bruscamente. Éstas se comportaban de una forma extraña: habían comenzado a dar brincos y a dar vueltas sobre sí mismas a lo loco, bailando sobre sus patas traseras.

Kaldi, desconcertado, no podía calmar al rebaño. Entonces empezó a buscar por los alrededores y descubrió que la fuente de esa inusual emoción era un arbusto con bayas rojas brillantes que habían comido sus cabras. La curiosidad se apoderó de él, y probó de las bayas. Al igual que sus cabras, Kaldi pronto sintió los efectos energizantes de los frutos.

Sin pensarlo dos veces, se llenó los bolsillos con las bayas rojas y se apresuró hacia su casa y le contó lo sucedido a su esposa. Ella le aconsejó que fuera a un monasterio cercano para compartir el descubrimiento con los monjes.



Al llegar al monasterio, las bayas de Kaldi no fueron recibidas con júbilo, sino con desdén. Uno de los monjes llegó a llamarlas "el trabajo del diablo", tras lo cual las arrojó a la hoguera del monasterio.

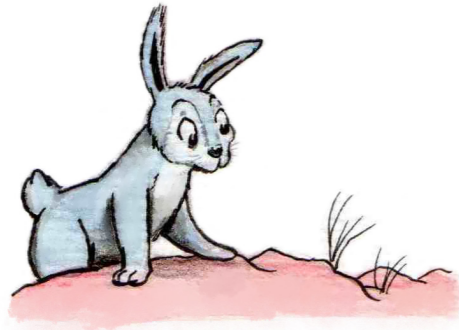
Sin embargo, a los pocos minutos, el agradable aroma de los frutos tostándose en el fuego fue suficiente para que los monjes, al olerlo, le dieran otra oportunidad a esta novedosa baya.

Retiraron los frutos del fuego con cuidado, los aplastaron para apagar las brasas y los cubrieron con agua caliente en una jarra con el objetivo de preservarlos. Al probar el agua con la esencia de las bayas quedaron maravillados por el sabor y sus propiedades energizantes.

A partir de ese momento, la noticia de estas bayas se fue extendiendo por aldeas y ciudades, convirtiéndose rápidamente el café en una bebida muy popular como lo conocemos ahora.



EL CHACAL Y EL CONEJO



Érase una vez un chacal que estaba buscando comida. Mientras se arrastraba por debajo de unas rocas, una gran piedra rodó y le aplastó la pata. Por mucho que mordiera y pataleara no podía liberarse.

Unos minutos más tarde, apareció un conejo. El chacal dijo:

—Conejo, por favor, ayúdame. Retira esta roca y libérame.

—Soy débil —respondió el conejo—. Y me llevará mucho tiempo mover esta roca. ¿Qué estás dispuesto a darme si logro liberarte?

—No te preocupes, te daré de comer hasta que explotes, hasta que no puedas comer más —replicó el chacal.

Entonces el conejo empujó y empujó y logró mover la roca. Pero en el momento en que el chacal estuvo libre, saltó y atrapó al pobre animal.

—¡Te voy a devorar! —gritó el chacal.

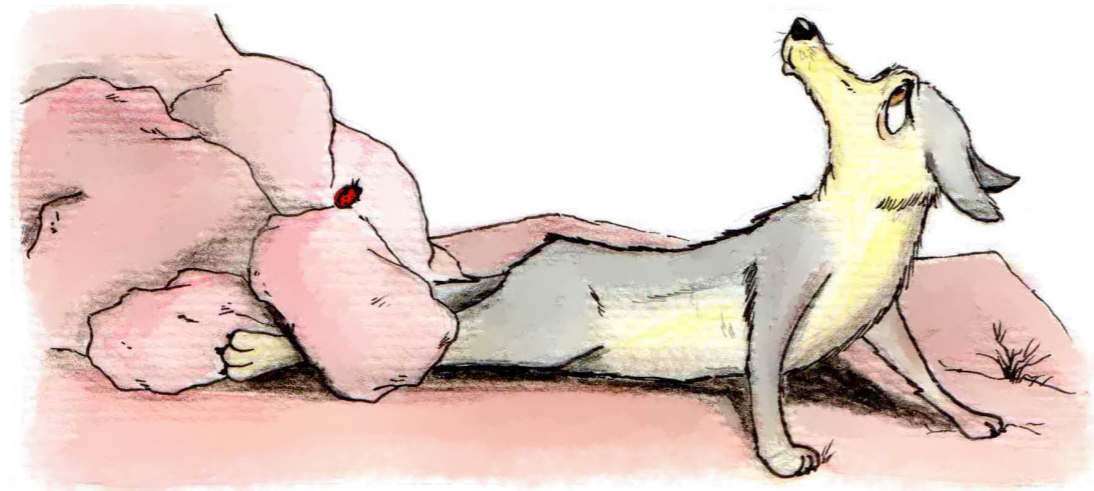
—¡No, eso es imposible! ¿Cómo puedes comer a alguien que te ha salvado? —dijo el conejo aterrado.

El chacal relamiéndose contestó:

—Bueno, he estado sin comida todo el día. Tengo que comer algo —contestó el chacal relamiéndose.

—No, es imposible —replicó el conejo desesperado—.

Vayamos a los ancianos sabios y dejemos que decidan qué es lo correcto.



Y así hicieron: encontraron a uno de los viejos y le contaron lo que había sucedido. El viejo los escuchó y dijo:

—No, el chacal está equivocado. El conejo debería irse libre.

—¿Cómo que irse? —dijo el chacal enojado— No solo me comeré el conejo, sino que también te comeré a ti.

El anciano sabio reflexionó un momento y le contestó:

—Muy bien, creo que me he precipitado en mi decisión y puede que no sea correcto. Pues, ¿cómo puedo haber emitido mi juicio sin haber visto todas las pruebas? Por favor, llévame de vuelta al lugar donde sucedió todo para que puedas recrear la escena.

Los tres volvieron al lugar y el anciano dijo al chacal:

—A ver, ¿dónde estabas tú exactamente?.

—Aquí es donde estaba —dijo el chacal acercándose al pedregal.

El viejo se dirigió al conejo:

—¿Y tú lograste empujar esta roca tan grande? No lo creo, muéstrame cómo lo hiciste.

El conejo empujó lentamente la piedra sobre la pata del chacal. El hombre tras esto dijo:

—¿Así es cómo lo encontraste?

—Así es —contestó el conejo.

Entonces se volvió hacia el chacal y dijo:

—¿Estás seguro? ¿Es así cómo te encontró?

—Sí, aquí mismo estaba yo —respondió, de nuevo dolorido por el apretón.

Finalmente el sabio suspiró aliviado y sentenció:

—Bien, pues aquí vamos a dejarte. Conejo, vuelve de nuevo a tu camino que yo haré lo mismo. El chacal es un animal injusto y tramposo, y nos conviene que continúe atrapado.

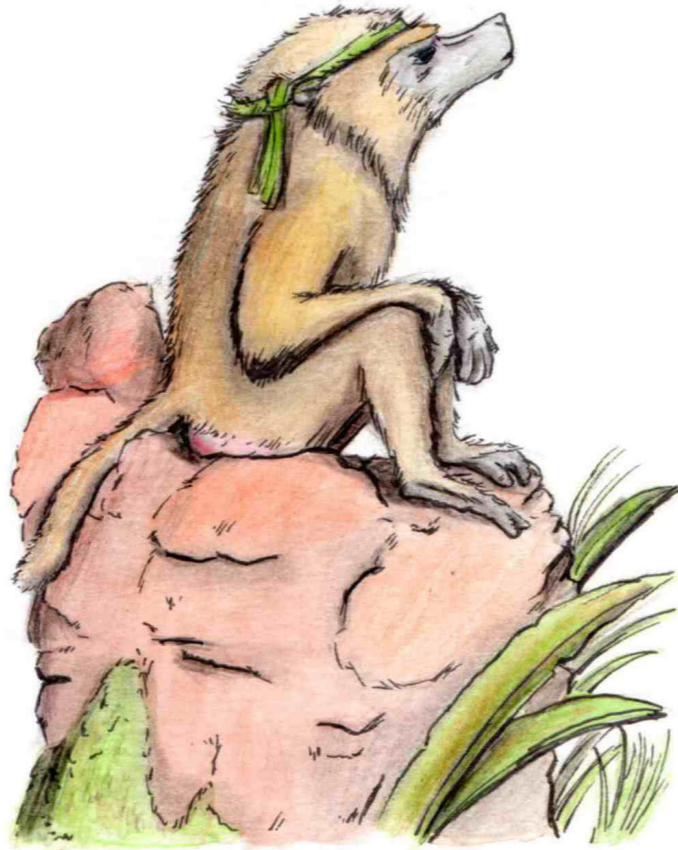
Moraleja: La mentira siempre se vuelve contra el mentiroso.



EL BABUINO JEFE

Había una vez un gran babuino, jefe de una gran manada de babuinos que lo seguían.

Era un verdadero dictador, se pasaba el día mandando y todos sus vasallos debían seguir sus órdenes. Pero tenían un problema: en la manada había muchos babuinos enormes, tan grandes como el mismísimo jefe. Por ello algunos de los primates se confundían y no sabían a quién debían obedecer.



Entonces se les ocurrió una idea. Dijeron al jefe:

—Necesitas una característica distintiva, para que podamos estar seguros de quién eres. Entonces podremos seguir tus órdenes sin tardar.

—Muy bien —aceptó el jefe—, usaré una banda alrededor de mi cabeza. Pero si hago eso, debéis aseguráros de seguir mis instrucciones al pie de la letra.

Así lo acordaron. Un anciano babuino ató una banda que hizo con una hoja alrededor de la cabeza del jefe, y este dijo:

—Entonces estamos de acuerdo. A partir de hoy, todo lo que diga deberéis hacerlo sin rechistar. No quiero ningún tipo de desobediencia, ¿entendido? —añadió amenazante.

A partir de ese día, cuando el jefe saltaba, los otros babuinos saltaban; cuando se sentaba, los otros se sentaban también; cuando gritaba, los demás gritaban siguiéndole.

Con el paso del tiempo, la banda para la cabeza se le hacía más y más molesta. Un día el jefe se sentó y dijo:

—Oh, Dios mío, esta banda me está haciendo mucho daño.

Acto seguido, todos los babuinos se sentaron, pusieron sus cabezas en sus manos y dijeron:

—Oh, Dios mío, esta banda me está haciendo mucho daño.

El jefe, sorprendido insistió:

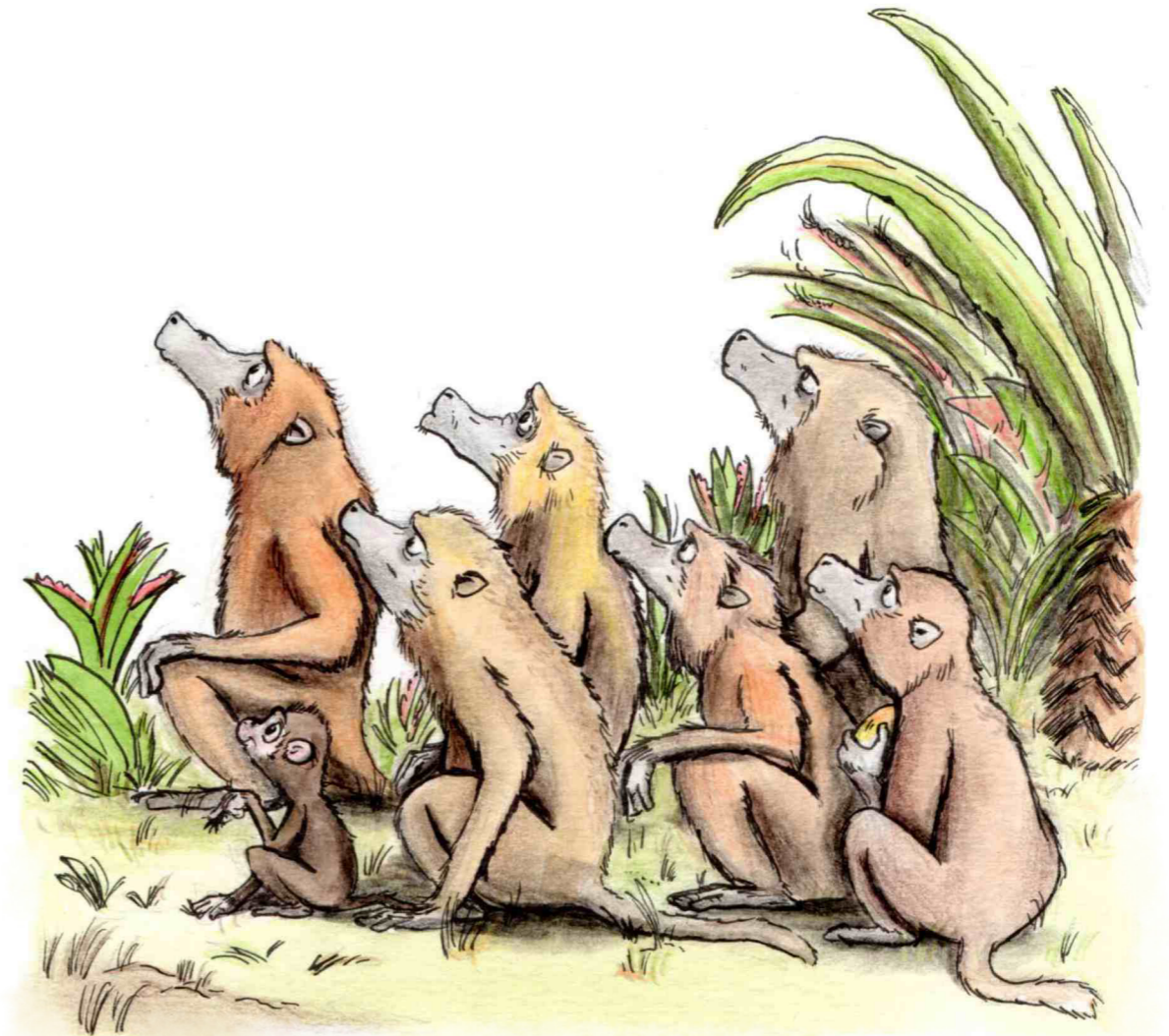
—No, lo estoy diciendo en serio.

Y todos repitieron:

—No, lo estoy diciendo en serio.

—¿Pero no me oís? ¡Esto me está matando! —replicó el babuino furioso.

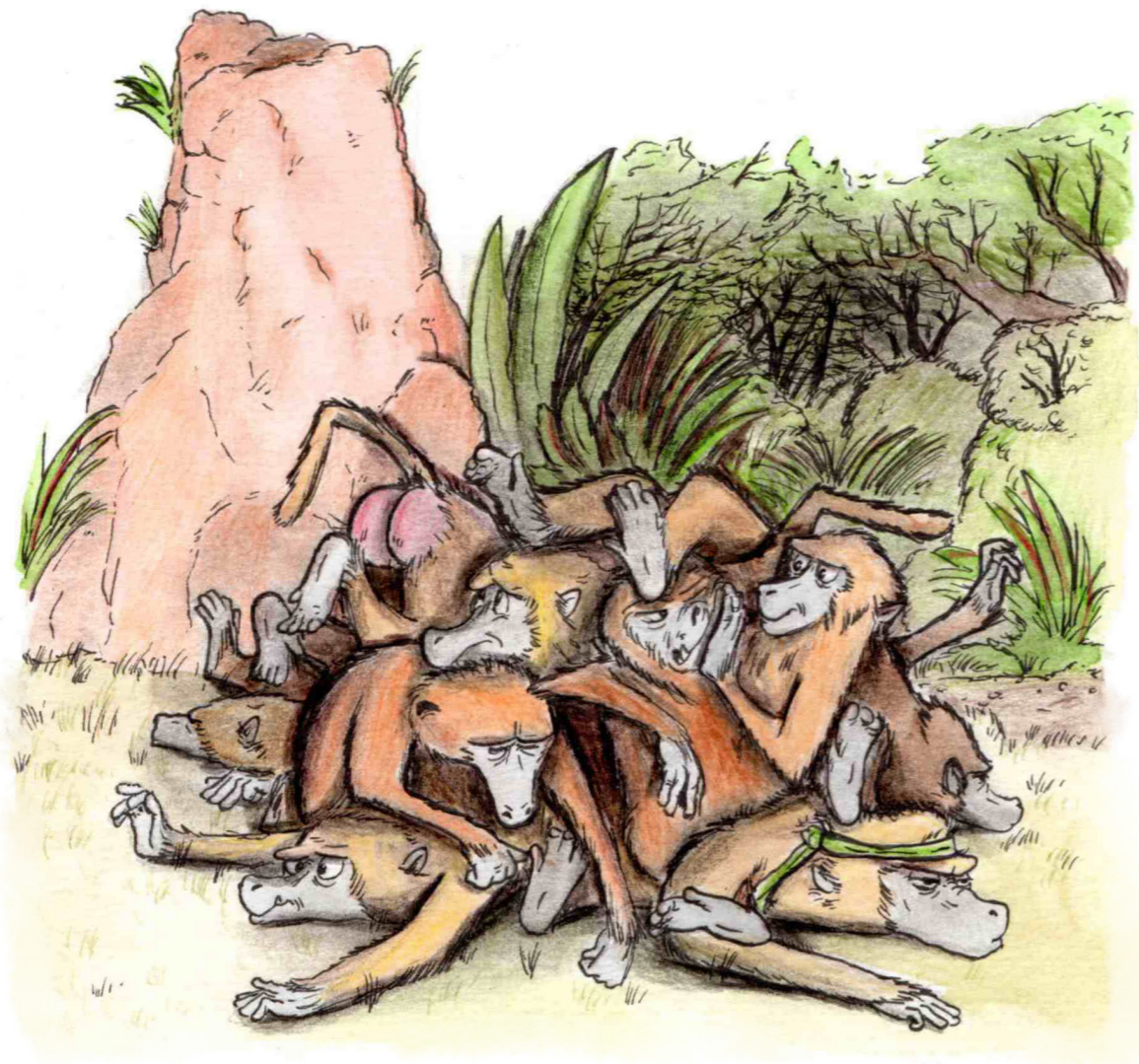
—¿Pero no me oís? ¡Esto me está matando! —repitieron de nuevo todos a la vez.



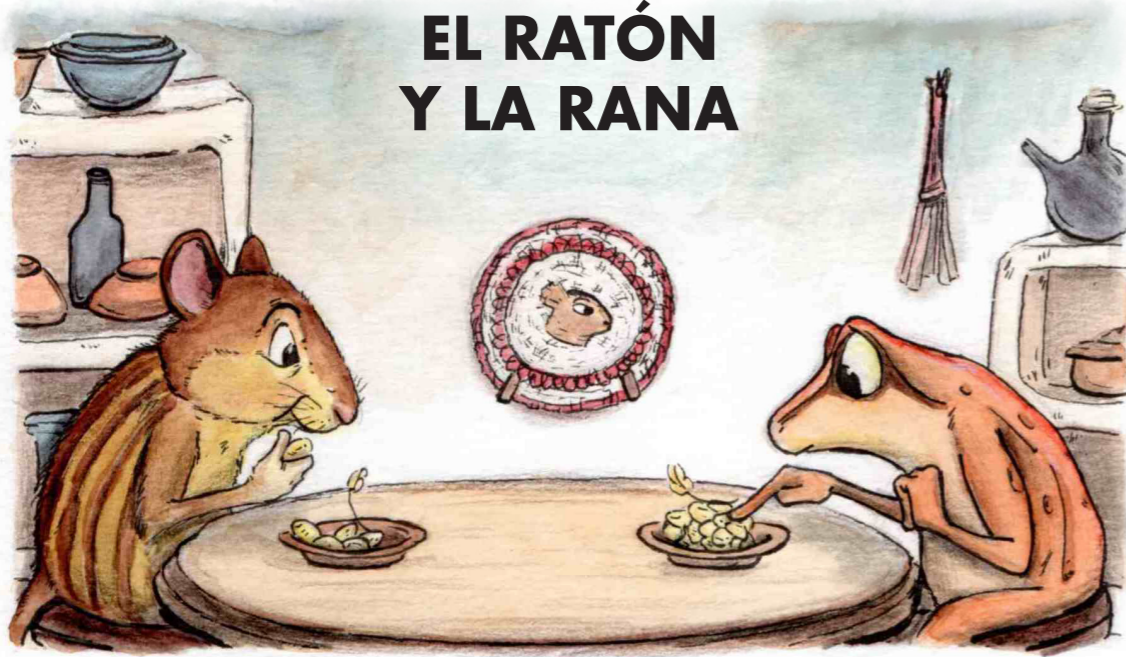
Debido al dolor que le causaba la banda y debido también a lío que se había organizado, el jefe se mareó y cayó de la roca sobre la que se sentaba todos los días.

Los demás babuinos enseguida se subieron a la misma y se tiraron cabeza abajo, del mismo modo que había hecho el anterior. El gran babuino lleno de rabia comenzó a luchar contra todos ellos, y así pues también toda su manada le imitó (tal y como el mandato les obligaba hacer) provocando una enorme batalla entre ellos, de donde salieron todos a cada cual más magullado.

Moraleja: Si a tu alrededor sólo quieres gente que te dé la razón, entonces poco crecerás. Pues de los que piensan diferente ciertamente aprendemos mucho más.



EL RATÓN Y LA RANA



Cuentan que una vez un ratón muy burlón invitó a comer a una rana a su casa. Una vez allí, el ratón le sirvió un plato con granos de trigo.

La rana hambrienta tomó un grano, pero cuando se lo puso en la boca la paja le pinchó en la garganta:

—¡Ay, qué comida tan rara! —dijo la rana quejándose— ¡Tiene pinchos!

—¿No te gusta el trigo, señora rana? —le respondió el ratón aguantándose la risa— ¡pero si es uno de mis alimentos favoritos!

Entonces el ratón le dio un garbanzo diciendo:

—Quizás prefieras comer este otro fruto, ¡verás que está delicioso!

La rana lo hizo rodar dentro su boca, pero no se disolvió y tuvo que escupirlo.

—Qué duro está esto, ¿cómo puedes comer estas cosas?

El ratón no pudo resistir más las carcajadas y riendo le respondió:

—Nosotros los roedores tenemos dientes fuertes, no como tú. Por eso podemos comer todo tipo de frutos y cereales, como estos.

La rana, que descubrió entonces que le habían tomado el pelo, disimulando añadió:

—Bueno, en realidad lo que he podido saborear me ha parecido una delicia, muchas gracias señor ratón por tu cortesía. Estoy tan agradecida que me gustaría devolverte el favor e invitarte a comer mañana en mi hogar.

Y así lo hicieron. Al día siguiente el ratón y la rana se encontraron y se dirigieron al estanque en donde vivía la rana. Al llegar, ésta saltó al estanque y llamó al ratón para que la siguiera. El ratón entonces saltó también, pero como no sabía nadar comenzó a jadear y a luchar por salir del agua.

—¡Qué extraño! —dijo la rana— ¿Estás mareado? ¡Ay va, es verdad, que vosotros los roedores no sabéis nadar!

De un empujón, lanzó al ratón hacia un lado lejos del agua y le ayudó a secarse mientras disimulaba una sonrisa.

—No te preocupes, querido amigo —añadió la rana— cuando comas un poco te sentirás muy reconfortado. Voy a sacarte los manjares más exquisitos que tengo.

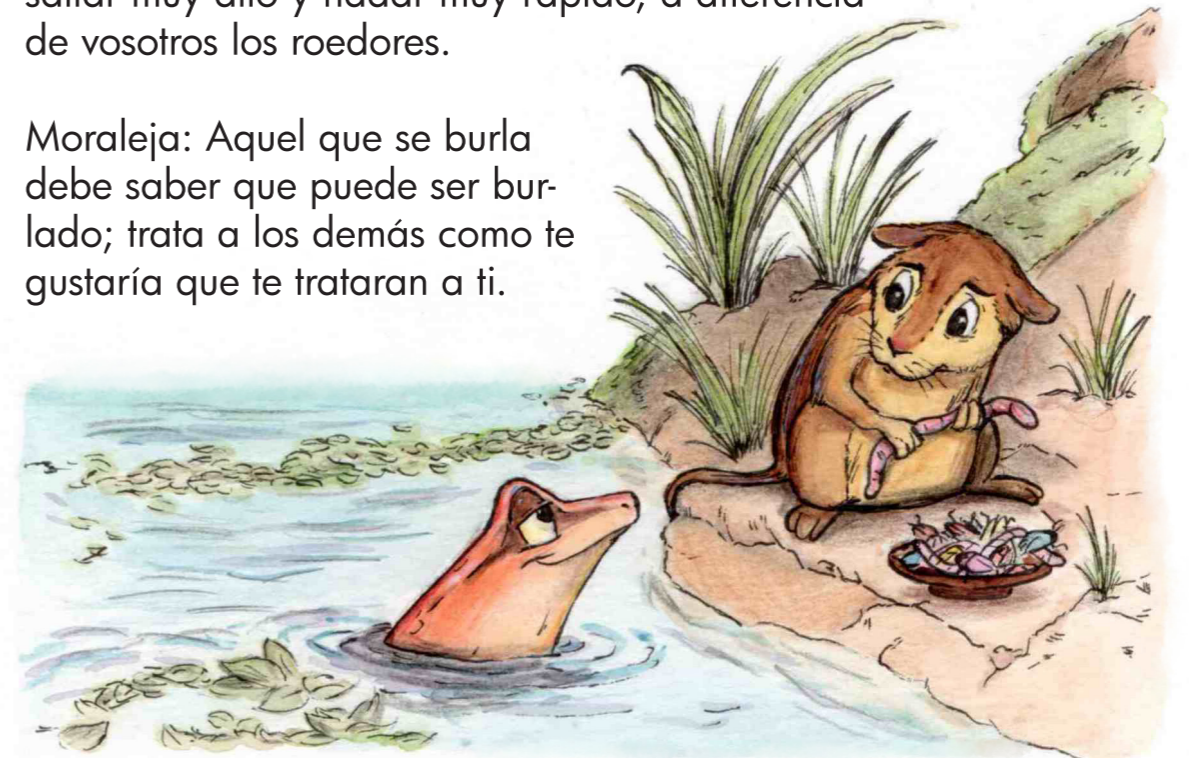
Entonces sirvió al ratón un plato lleno gusanos y pequeños insectos. El roedor, que después del gran susto le había venido el hambre, se lo llevó todo a la boca; pero después de saborearlo un momento lo escupió enseguida, pues lo encontró pegajoso y aguado.

—¿Pero qué comida es esta tan horrorosa? —le preguntó el ratón— ¿Cómo te las arreglas para comer esto?

La rana muerta de la risa le increpó:

—Nuestra piel es suave y elástica porque comemos insectos todos los días. Por eso las ranas somos capaces de saltar muy alto y nadar muy rápido, a diferencia de vosotros los roedores.

Moraleja: Aquel que se burla debe saber que puede ser burlado; trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti.



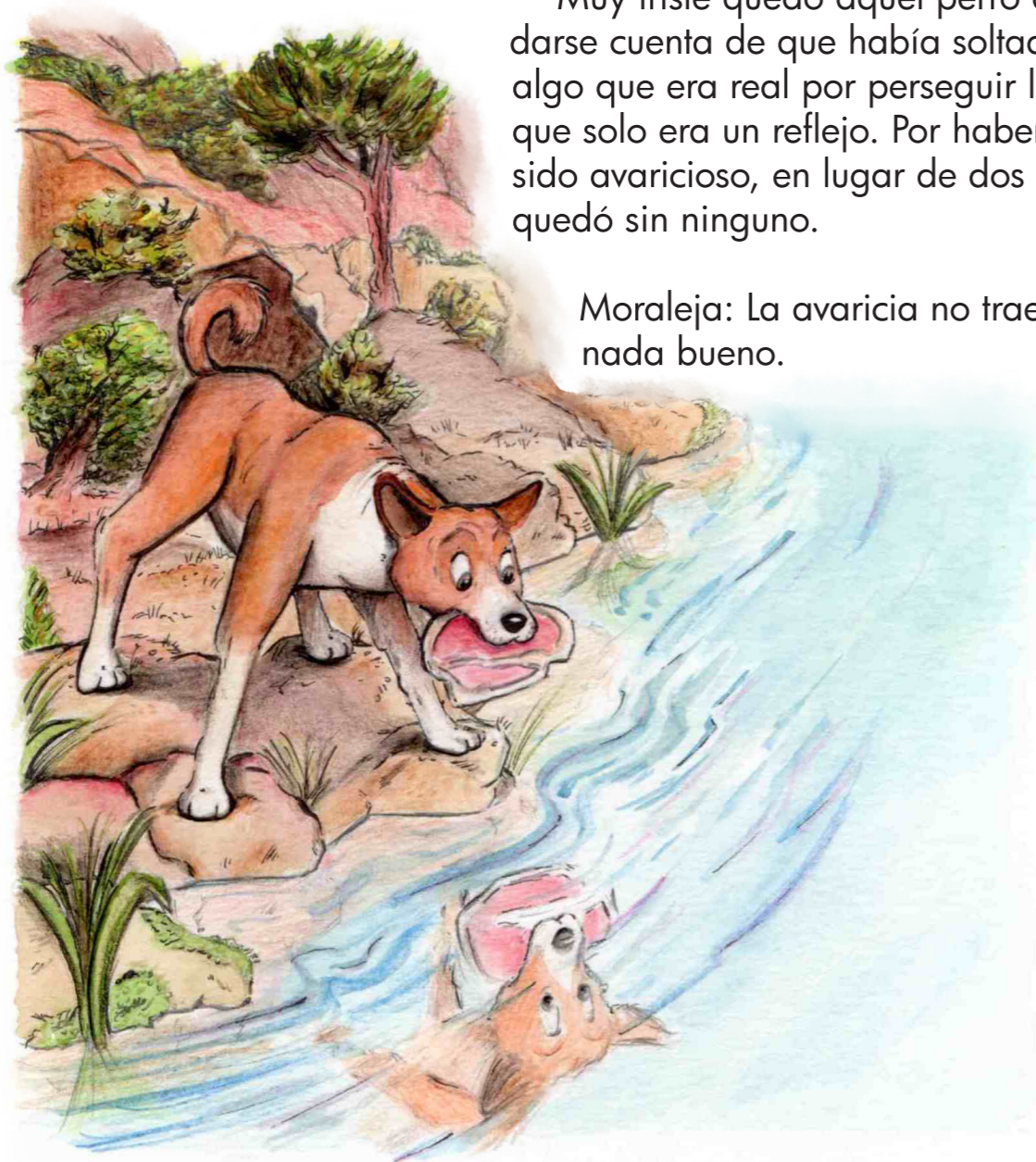
EL PERRO LADRÓN AVARICIOSO

Cuentan que un día un perro robó carne a un vecino del pueblo. Muy contento llevaba su ganancia en la boca, cuando de pronto en su camino encontró un río. Se paró a mirar en el agua y vio su reflejo.

Al mirar su reflejo en el agua, creyó ver a otro perro con una pieza de carne más grande que la suya, e intentó arrebatársela de un bocado. Pero cuando abrió el hocico, el trozo que llevaba cayó al río y se lo llevó la corriente.

Muy triste quedó aquel perro al darse cuenta de que había soltado algo que era real por perseguir lo que solo era un reflejo. Por haber sido avaricioso, en lugar de dos se quedó sin ninguno.

Moraleja: La avaricia no trae nada bueno.



EL HOMBRE, SU HIJO Y SU CABALLO



Un buen día, un hombre y su hijo emprendieron un viaje con su caballo. El caballo era joven y no muy robusto. Pensaban que no sería lo suficientemente fuerte como para cargar con los dos, así que ambos caminaban junto al caballo.

Llegaron a una aldea, y el hombre y su hijo escucharon a algunos aldeanos hablar. Uno dijo:

—Estos forasteros son tontos, ¿para qué llevan un caballo con ellos si no van a montar en él?

El hombre después de oír esto dijo a su hijo:

—Hijo mío, sube al caballo.

Pronto pasaron por una segunda aldea. El hombre y su hijo escucharon a más aldeanos hablar. Uno dijo:

—Menudos forasteros tan extraños. Ese crío joven y fuerte está dejando que su padre ande mientras él va cómodamente montado en el caballo.

Así que el hombre dijo a su hijo:

—Hijo, baja del caballo que yo montaré en él.

Y caminaron hasta llegar a una tercera aldea. Volvieron a escuchar los comentarios de los aldeanos. Uno de ellos dijo:

—Pero qué egoísta. El padre de ese muchacho está montado en el caballo tan tranquilo mientras su hijo no para de andar.

Después de esto el hombre dijo:

—Hijo mío, súbete al caballo conmigo.

Montaron juntos en el caballo hasta llegar a una cuarta aldea. Y escucharon a otros aldeanos hablar a su paso. Un aldeano dijo:

—Menudos forasteros más canallas. Ese caballo tan escuálido está cargando con el peso de dos personas.

El padre, desesperado, dijo a su hijo:

—Carguemos el resto del camino con el caballo entre los dos. Y así, ambos fueron con el caballo a hombros hasta que llegaron a una quinta aldea.

En cuanto entraron uno de los aldeanos se rió mientras decía:

—Mira qué bobos son estos forasteros. Están cargando con el caballo a costas por todo el camino.

El padre, harto de toda la caminata llena de dificultades y cambios, dejó el caballo en el suelo y de nuevo él y su hijo volvieron a retomar el camino a pie, sin montar en el animal.

Moraleja: No trates de complacer a todos o no complacerás a nadie.



EL ELEFANTE Y EL MONO

Ésta es la historia de un elefante y de un mono. El elefante estaba ciego, y el mono estaba cojo y no podía desplazarse. Los dos vivían juntos y eran amigos.

Un año hubo una fuerte sequía, que dejó la selva en la que vivían sin comida ni agua.

El elefante y el mono se sentaron y discutieron la forma en la que conseguir sobrevivir. El elefante dijo:

—Yo sé de un lugar donde podemos encontrar comida y agua.

El mono rió y le replicó:

—Amigo, tú no puedes ver nada y yo no puedo caminar. ¿Cómo podremos encontrar ese lugar?.

—Muy fácil - respondió el elefante - yo no puedo ver pero puedo andar. Y tú no puedes andar pero puedes ver. Súbete a mi espalda y yo te llevaré.

—Genial idea, yo te guiaré con mi vista —dijo el mono.

El elefante le indicó que debían de caminar siguiendo la estrella del norte. De modo que se pusieron en marcha.

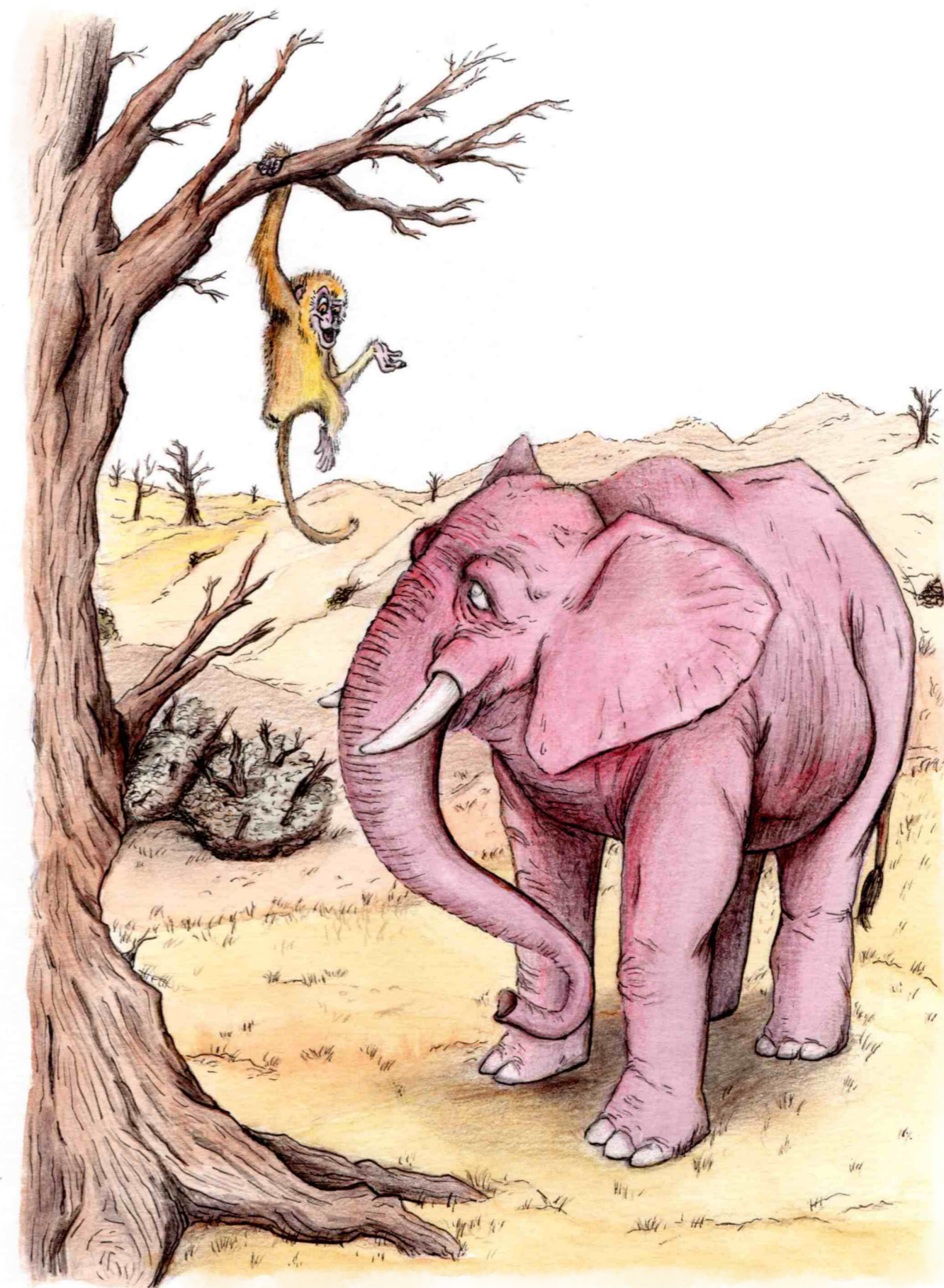
Después de cuatro días, finalmente encontraron el lugar donde había comida y agua, tal y como el elefante había dicho: había un gran río, hierba verde y fresca para el elefante y muchas frutas para el mono. Los dos comieron y bebieron tanto como quisieron. Cuando quedaron llenos, se sentaron en la hierba cerca del río y comenzaron a charlar. El mono preguntó:

—Señor elefante, ¿cómo conocías este lugar?.

—No siempre he sido ciego —respondió el elefante—. Vi este lugar cuando era joven. En aquel tiempo, los seres humanos vivían aquí. Pero siempre estaban peleando entre ellos, así que pensé que quizás esas personas habrían abandonado ya el lugar y se habrían marchado a otro. Por eso hemos venido hasta aquí, y estaba en lo cierto.

El elefante y el mono se quedaron a vivir allí a partir de entonces.

Moraleja: Si trabajamos juntos y colaboramos unos con otros, siempre seremos más fuertes.



¿POR QUÉ LOS PERROS LADRAN A LAS HIENAS?

Ésta es la historia de un perro y una hiena.

El perro vivía en un valle y poseía una cabra de la que obtenía la leche de la que se alimentaba. Así crecía hermoso y gordo. Todos los animales de la selva le preguntaban:

—¿Por qué eres tan hermoso y tan gordo?”

A lo que el perro respondía orgulloso:

—Tengo una cabra especial, a la cual ordeño para beber su leche, por eso soy tan hermoso y gordo.



Un día, el perro conoció a una hiena. La hiena le preguntó acerca del secreto de su buen aspecto. Cuando escuchó su historia, le dijo:

—Por favor, déjame vivir contigo.

Éste respondió desconfiado:

—No, no quiero vivir contigo. No me fíe de ti ya que no cumples tus promesas.

—Te prometo que seré amable y no te mentaré en nada - replicó la hiena.

La hiena siguió insistiendo día tras día. Después de mucho tiempo, finalmente el perro accedió a su propuesta y ambos comenzaron a vivir juntos. Los dos bebían de la leche de cabra especial todos los días, y el aspecto de la hiena iba mejorando al igual que el de su compañero de vivienda.

Ocurrió que se produjo una fuerte tormenta y ambos animales comenzaron a pasar mucho frío en la casa. La hiena pidió al perro:

—Por favor, sal fuera y consigue un poco de leña para que podamos hacer una hoguera y calentarnos.

Y así lo hizo el perro. Sin embargo, cuando este se alejó algo de la casa, la astuta hiena se apresuró a coger a la cabra y salir huyendo de allí para no tener que compartirla con nadie. El pobre perro no volvió a probar de la rica leche de cabra nunca más.

Y desde ese momento, los perros ladran a las hienas tan pronto como las ven, enfurecidos por haberles robado su cabra.

EL CIELO SE ESTÁ CAYENDO

Había una vez una oveja y una cabra que vivían en una granja con un granjero muy perezoso, que no se ocupaba de ellas. Nunca las llevaba a comer buena hierba ni al río para beber agua fresca, por eso estaban siempre hambrientas y sedientas.

Un día, la cabra le dijo a la oveja:

—Escucha oveja, estoy muy, muy hambrienta. Si no como pronto, me moriré de hambre.

—Yo también —contestó la oveja.

—Nuestro amo nunca nos lleva al río para beber agua limpia y fresca ni a comer la hierba larga y verde —se quejó la cabra—. Vayamos solas. Partiremos temprano mañana por la mañana.

—Esa es una buena idea, de acuerdo —dijo su amiga.

Dicho y hecho: la oveja y la cabra se levantaron pronto a la mañana siguiente.

Salieron de la granja y comenzaron a caminar hacia el río; caminaban y caminaban, pero no parecían llegar.

—Es un camino largo —dijo la oveja—. Estoy muy cansada.

—Yo también estoy cansada —contestó la cabra—. Pero piensa en el río frío y limpio y en la hierba larga y verde. Pronto estaremos allí.

De repente, un gran león corrió hacia ellas y les cortó el paso.

—¡Ajá! ¡Una oveja y una cabra! Eso está bien. Tengo mucha hambre.

Abrió la boca y mostró sus largos dientes afilados.

—¡Espera! —dijo la cabra— No nos comas, león. No tienes tiempo, ¿no lo sabías? ¡El cielo se está cayendo sobre nuestras cabezas! ¡Corre! ¡Sálvate!

El león se asustó, rugió y salió corriendo hacia el bosque.

La oveja y la cabra continuaron su camino mientras se reían.

—Somos más listos que el león —dijeron.

Al cabo de un tiempo se toparon con una hiena.

—¡Mmm, una oveja y una cabra! —dijo— Son mi carne favorita. Abrió la boca y mostró sus mortíferos dientes.

—¡Detente! —dijo la cabra— Escúchame hiena, te aconsejo que no te detengas a comernos. ¡El cielo se está cayendo! Estamos huyendo. ¡Tú también debes correr!

La hiena, que se quedó aterrorizada, cerró la boca y salió corriendo hacia el bosque.

La oveja y la cabra se rieron más fuerte.

—¡Qué boba es esa hiena! —dijeron.

Un poco más tarde se encontraron con un leopardo.

—¡Oh! ¡Una oveja y una cabra! —se relamió— Serán mi cena.

Abrió la boca y mostró sus dientes largos y blancos.

—¡No! —dijo la cabra— ¡Detente, leopardo! ¿No has oído las noticias? El cielo se está cayendo. ¡Huye rápido!.

Al leopardo le temblaron las piernas. Agitó la cola y salió corriendo hacia el bosque.

La oveja y la cabra reían y reían sin poder parar.

—Somos los animales más inteligentes de todos —se dijeron.

Al fin llegaron al río. El agua estaba limpia y fría, y bebieron durante un buen rato. Luego fueron al campo, en donde la



hierba era larga y verde, y comieron hasta hartarse, sintiéndose muy felices. Una vez se hubieron saciado, la cabra propuso:

—Es tarde, deberíamos regresar a casa.

—Muy bien —respondió la oveja

Y siguió a su amiga colina arriba. Pero ésta marchaba a paso lento y cansado.

—Vamos, debemos ir más rápido —repuso la cabra—.

Tenemos un largo camino hasta llegar a la granja.

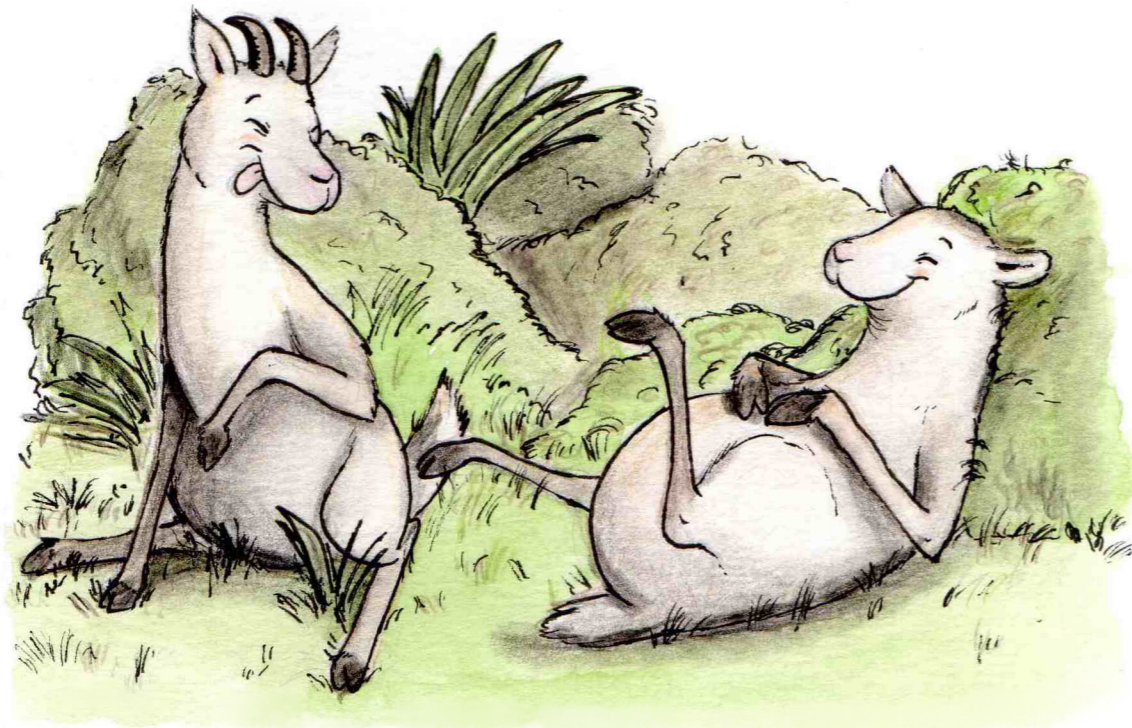
—No puedo —replicó la oveja—, me siento pesada, llena de pasto y agua.

Así pues, continuaron caminando lentamente. El sendero les llevó a atravesar el bosque justo cuando anochecía. La cabra se paró y le dijo a la oveja:

—Todavía nos queda un largo trecho por andar y ya está oscureciendo. Creo que lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí a pasar la noche.

—Pero hay muchos animales salvajes por aquí, y quizás vengan a comernos —repuso la oveja temblando de miedo.

—No te preocupes —dijo la cabra—. Mira, ¿ves ese gran árbol? Vamos a treparlo y nos mantendremos en las ramas toda la noche. Allí estaremos a salvo.



Y así ambas compañeras de viaje comenzaron a escalar dicho árbol: la cabra subió ágilmente primero, y luego la oveja, con su ayuda, consiguió también alcanzar las ramas superiores. Estaban a salvo.

—Buenas noches —dijo la cabra.

—Buenas noches —contestó la oveja.

Pronto se quedaron dormidas.

Al rato de estar allí, se despertaron sobresaltadas. Un grupo de animales estaban hablando debajo del árbol. A la luz de la luna, pudieron distinguir al león, la hiena y el leopardo sentados debajo del árbol y conversando.

—Hoy fui un tonto —rugió el león enfadado—. Me encontré una oveja y una cabra en el camino y quise comérmelas. Pero me engañaron diciendo “no nos comas, que el cielo se está cayendo. ¡Huye!” Así que me escapé hacia el bosque. ¡Y el cielo no cayó en absoluto!

—Yo también me topé con esas astutas —dijo la hiena con furia—. ¡Y me engañaron de la misma forma!

—¡A mí me pasó igual! —se quejó el leopardo— Les creí y salí corriendo.

—Si atrapo a esas dos —concluyó el león— no escapan esta vez.

—Lo mismo digo —repuso la hiena.

—Y yo —asintió el leopardo.

Arriba en el árbol la oveja y la cabra estaban muy asustadas.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró la oveja, en voz muy baja.

—Nada, debemos quedarnos aquí muy quietas y esperar —repuso la cabra.

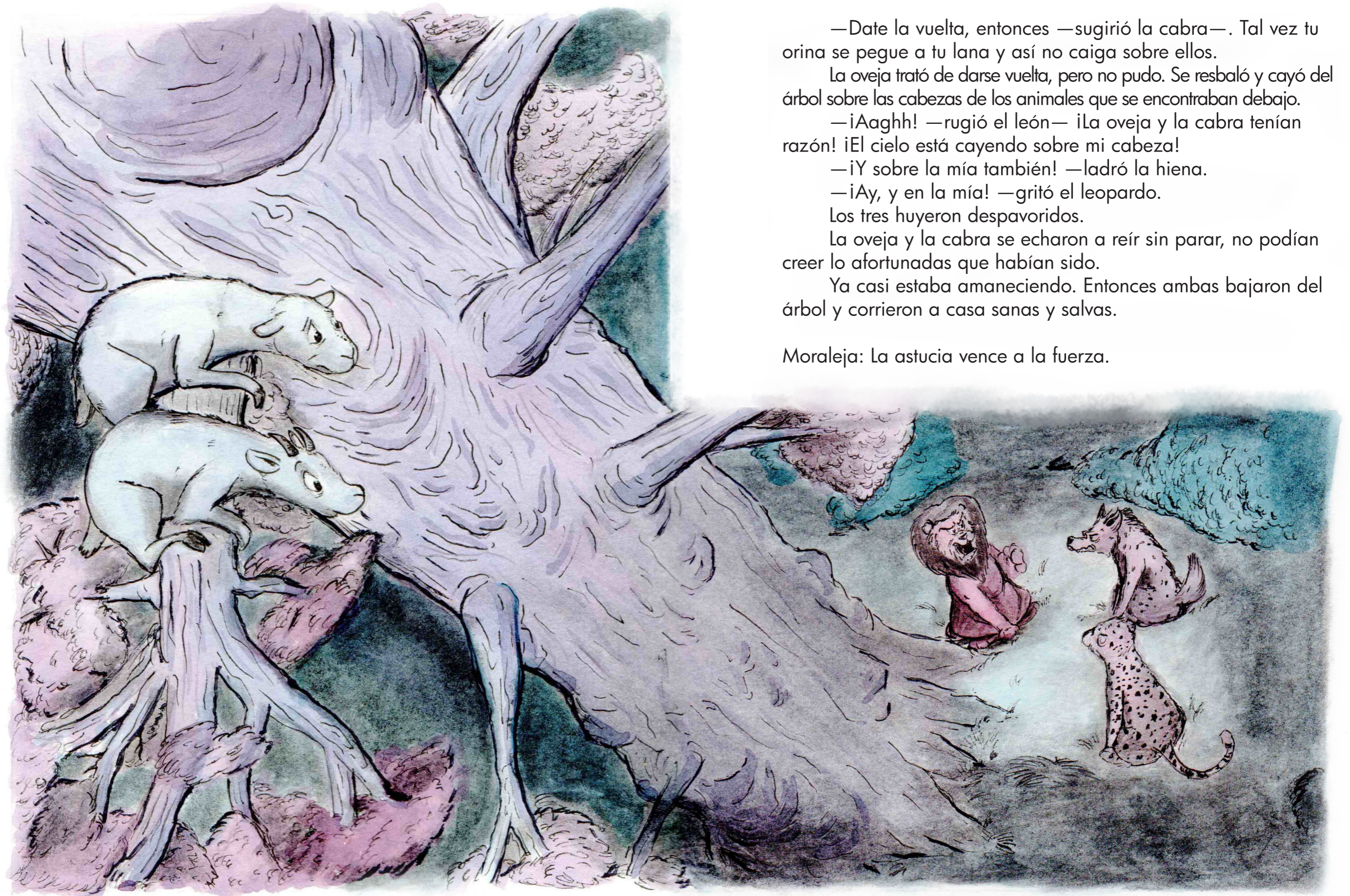
Pero entonces la oveja comenzó a moverse.

—¿Qué estás haciendo? No te muevas —dijo la cabra exasperándose.

—No puedo evitarlo —dijo la oveja—. Hoy bebí demasiada agua y necesito ir al baño.

—¡Ni se te ocurra! —le respondió la cabra rápidamente— ¡Quédate quieta! Si tu orina cae sobre el león, el leopardo y la hiena, nos encontrarán aquí. ¿No los escuchaste? Nos van a zampar enteritas.

—Pero es que no puedo aguantarme más —replicaba la oveja desesperada.



—Date la vuelta, entonces —sugirió la cabra—. Tal vez tu orina se pegue a tu lana y así no caiga sobre ellos.
La oveja trató de darse vuelta, pero no pudo. Se resbaló y cayó del árbol sobre las cabezas de los animales que se encontraban debajo.
—¡Aaghh! —rugió el león— ¡La oveja y la cabra tenían razón! ¡El cielo está cayendo sobre mi cabeza!
—¡Y sobre la mía también! —ladró la hiena.
—¡Ay, y en la mía! —gritó el leopardo.
Los tres huyeron despavoridos.
La oveja y la cabra se echaron a reír sin parar, no podían creer lo afortunadas que habían sido.
Ya casi estaba amaneciendo. Entonces ambas bajaron del árbol y corrieron a casa sanas y salvas.

Moraleja: La astucia vence a la fuerza.

LOS ÁRBOLES

Una vez que todos los árboles del mundo se reunieron y comenzaron a discutir sus problemas.

Entre ellos, uno dijo:

—Nuestro mayor problema es la deforestación. Y esta práctica siempre la lleva a cabo el llamado hacha. Ahora debemos buscar una manera de deshacernos de nuestro enemigo, el hacha.

Y muchos debatieron esta idea, diciendo:

—Es el hacha quien siempre nos hace sufrir tanto. Nos corta, nos prepara para el fuego y hace muebles con nosotros. Tenemos que hacer algo para deshacernos de este enemigo.

Un árbol de eucalipto levantó la mano y dijo:

—No creo que nuestro enemigo sea realmente el hacha.

Todos los demás árboles gritaban:

—¡Oh! Oh! ¿Qué quieres decir? Si no es el hacha, ¿quién es?

Finalmente el eucalipto continuó:

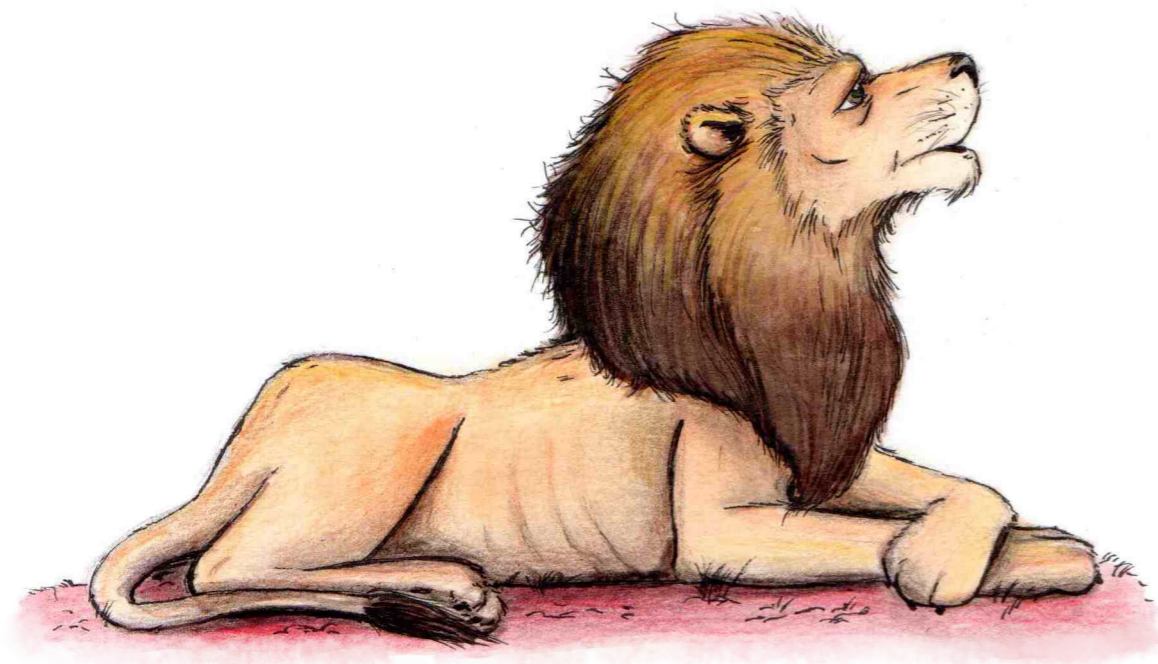
—¡Mira! Te lo digo desde mi corazón, nuestro enemigo no es el hacha. Somos nosotros mismos. Si pudiéramos crecer rectos sin doblarnos, cada hacha perdería un mango, de modo que podríamos evitar ser cortados.

El hacha utilizada en Etiopía está hecha de un trozo de madera naturalmente doblado. La cabeza del hacha se inserta en el extremo más corto de la madera.

—Por lo tanto, de ahora en adelante, debemos crecer rectos sin doblarnos, para que cada hacha pierda un mango - concluyó el eucalipto.

Todos los otros árboles aplaudieron.





EL JUICIO DE DIOS

Dios el creador escucha las oraciones de todos, no importa cuán grande y pequeño sea. Esta historia nos lo va a enseñar.

Había una vez un gran león feroz que solía vivir en el bosque, y se despertaba por la mañana y rezaba a su Señor, su creador, y un día se despertó y dijo:

—Dios mío, dame hoy mi pan de cada día. No quiero pasar el día sin comer, así que por favor dame un jugoso antílope, un ciervo o un jabalí, o algo para comer. Te lo dejo a ti, Dios, todo está en tus manos.

Y sorprendentemente, a pocos kilómetros de distancia, había una cierva que estaba embarazada, y ella también estaba rezando por la mañana y decía:

—Querido Dios, sabes que ahora estoy en mi punto más débil, porque estoy embarazada. Si algún depredador me viera, no podría escapar porque estoy pesada y no puedo moverme en absoluto. Así que por favor Dios, te lo dejo a ti, que no me vea ningún animal salvaje, ni el león, ni el leopardo, ni la hiena. Así que, por favor, cuídame, de lo contrario moriré.



Entonces la cierva y el león terminaron sus oraciones matutinas y salieron del bosque. El león había rezado por una comida y la cierva por su supervivencia y los dos salieron del bosque y quedaron frente a frente.

—Gracias querido Dios, eres tan amable y tan justo. Recé por una comida y aquí hay un cierva delante de mí. Realmente eres un señor amable. Gracias por responder a mis oraciones tan rápido —dijo el león.

—Oh, Dios mío, ¿qué has hecho? —dijo la pobre cierva— Te he estado rezando, apenas he terminado mis oraciones, y aquí hay un león a punto de saltar sobre mí, a punto de comerme. Dios mío, ¿qué debo hacer? Bueno, eres el creador de este mundo y todo depende de ti, dejaré este asunto en tus manos - afirmó la aterrorizada cierva.

Entonces, justo cuando el león estaba a punto de saltar, llegó una enorme manada de jabalíes, uno de los animales más sucios que viven en el bosque. Son muy arrogantes y paganos, no piensan en Dios. Se bañan y se revuelcan en el barro, se bañan y se vuelven a revolcar. Pasan todo el día comiendo voluptuosamente y son animales muy malos y terribles. Y estos feos jabalíes llegaron corriendo cruzando por en medio del león y la cierva. Como el león come también jabalíes, saltó y atrapó a varios y así la cierva regresó lentamente al bosque y desapareció entre las hojas.

Por lo tanto, esto nos muestra que Dios no olvida a ninguna de las criaturas que ha creado. El gran león poderoso, que oró por su desayuno, comió, y la pobre cierva, que oró por su supervivencia, también logró sobrevivir.

Moraleja: No importa cuán grandes o pequeños sean, Dios está allí para responder a nuestras oraciones.

EL HIJO DEL REY DE LAS RATAS

Esta es una historia sobre ratas.

Había una vez una gran colonia de ratas que se creían superiores a todos los demás animales de la tierra. Eran muy arrogantes y ambiciosas. Y su rey, que era el más arrogante de todos, se consideraba el mejor.

El rey tenía un hijo, y cuando este creció se dijo:

—Mi hijo es el ser más espléndido de la Tierra, necesito encontrarle una esposa que esté a su altura.

Así se puso a pasar revista a todos y cada uno de los animales hembra que conocía, pero ninguna le parecía lo suficientemente buena.

—No veo a ninguna digna del honor de ser mi nuera. Tendrá entonces que casarse con la hija del Gran Creador —se dijo para sí.

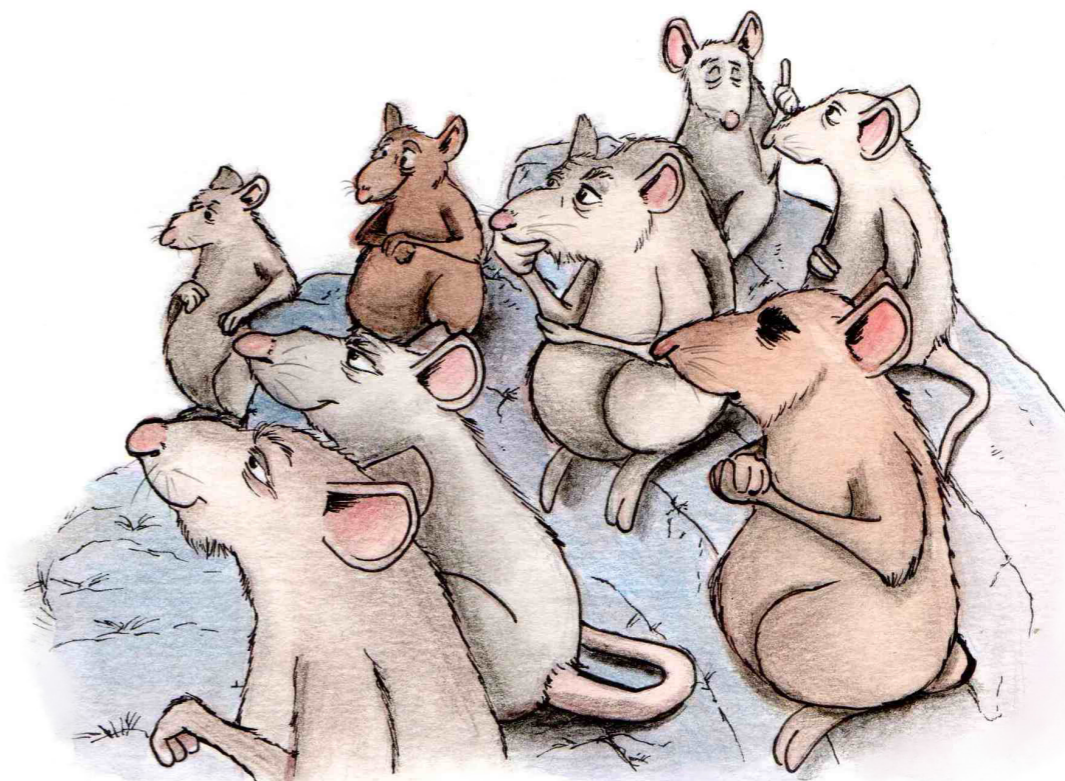
Sin perder un instante, el rey rata se dirigió al consejo ratonil de ancianos y les mandó:

—Id y pedid al Creador la mano de su hija en matrimonio para mi perfecto hijo.

Los ancianos fueron y se dirigieron al mismísimo Creador con estas palabras:

—Gran Creador, estás de suerte. El hijo de nuestro rey es un pretendiente excelente: guapo, inteligente, único y excepcional, y queremos que le concedas la mano de tu hija.

—Puedo ver, por lo que decís, que este hijo de rey realmente es algo especial —contestó el Creador—. Creo que, de hecho, él es tan especial que debería casarse con alguien aún de mayor importancia que mi hija.



—Pero nosotros creemos que eres el mejor ser de toda la tierra —dijeron los ancianos.

—No, yo soy el Gran Creador, pero vivo en el cielo. Cuando la niebla viene hasta mí me envuelve y me tapa la vista, y no puedo hacer nada para impedirlo. Por lo tanto, creo que deberías ir a preguntar por la hija de la niebla. Ella es muy hermosa.

Entonces los ancianos volvieron al Rey y le dijeron:

—Mira, si el Creador dice que la niebla es mayor que él, debe ser así.

El rey insistió a los ancianos que fueran a la niebla y preguntaran por su hija.

Una vez más, los ancianos partieron y fueron al palacio de la niebla. Le dijeron:

—Gran niebla, tenemos en nuestro reino un príncipe maravilloso, y hemos escuchado que tú tienes una hija hermosa, ¿puede casarse con él?

—Habládmelo de él - pidió la niebla.

—El príncipe rata es guapo, inteligente, espléndido, majestuoso y genial —contestaron los sabios.

—Si ese es el caso —contestó la niebla—, nuestra hija está por debajo de él. Debería casarse con alguien aún mayor que ella”.

—¿Quién puede ser más grande que la niebla? —preguntaron los ancianos— Incluso el Gran Creador admitió que tú puedes cegarlo.

—Oh no, el viento. El viento cuando viene me hace pedazos; yo no soy rival para el viento. Él tiene una hija, así que id a preguntarle.

El rey los mandó a preguntar al viento, y allá que fueron. Cuando los ancianos describieron como de importante era su príncipe, el viento les contestó:

—Bueno, parece que realmente esta rata de la que me habláis está algo por encima de mi hija. ¿Por qué no le preguntas a uno más grande que yo?

—¿Pero quién puede ser más grande que el viento? Tú eres capaz de hacer desaparecer la niebla.

—Id y preguntad a la montaña —dijo el viento— ella me detiene y me hace retroceder, frente a ella no puedo hacer nada.

Una vez más fueron por orden del rey a hablar con la montaña. Pero al hablarle del príncipe rata, la montaña contestó:

—Desgraciadamente, mi hija no es apta para casarse con él. Hay un ser más grande que yo.

—¿Cómo es posible? —replicaron los ancianos— ¿Quién es ese ser del que hablas?

—Hay alguien —les explicó la montaña— que puede excavar directamente en mis entrañas y me hace pedazos desde dentro de mí: esa es la rata campestre.

Por fin regresaron los ratones sabios a su reino y anunciaron al rey rata:

—Excelentísimo rey, la montaña nos ha reconocido que aún más poderoso que ella es la rata campestre. Éste es el ser más importante de todos.

El rey, sorprendido pero muy entusiasmado contestó:

—¡Qué buena idea! Si es así como dicen, casaremos a mi hijo con la princesa rata campestre. Además, su rey y yo somos primos y nos llevamos fenomenal.

Así fue como el príncipe y la princesa se casaron al fin.

Moraleja: siempre se puede enseñar y corregir las arrogancias del otro de una manera agradable.

EL CUERVO NEGRO

Los cuervos no siempre han sido de color negro. Hubo un tiempo en que eran blancos como la nieve.

Cuentan las leyendas somalíes que en dicho tiempo este animal era un sacerdote alado, representante del dios del Sol, llamado también Wak. Esto es porque el cuervo cuando grazna hace '¡Wak! ¡Wak!'.

La gente creía que el cuervo interpretaba lo que Wak quería decirles, y que a su vez podían enviar sus mensajes al Dios del Sol a través de él.

Pero cierto día los demás pájaros se reunieron y lanzaron una acusación contra el cuervo.



La Gran Asamblea de las aves había decretado que cada especie debería alimentarse de un único tipo de alimento: o bien ser carnívoras o bien ser herbívoras. Pero el cuervo no había cumplido dicha norma, y había comenzado a comer todo lo que podía encontrar, fuera el alimento que fuera.

Los pájaros reunidos acudieron al consejo de la Gran Asamblea y acusaron a los cuervos:

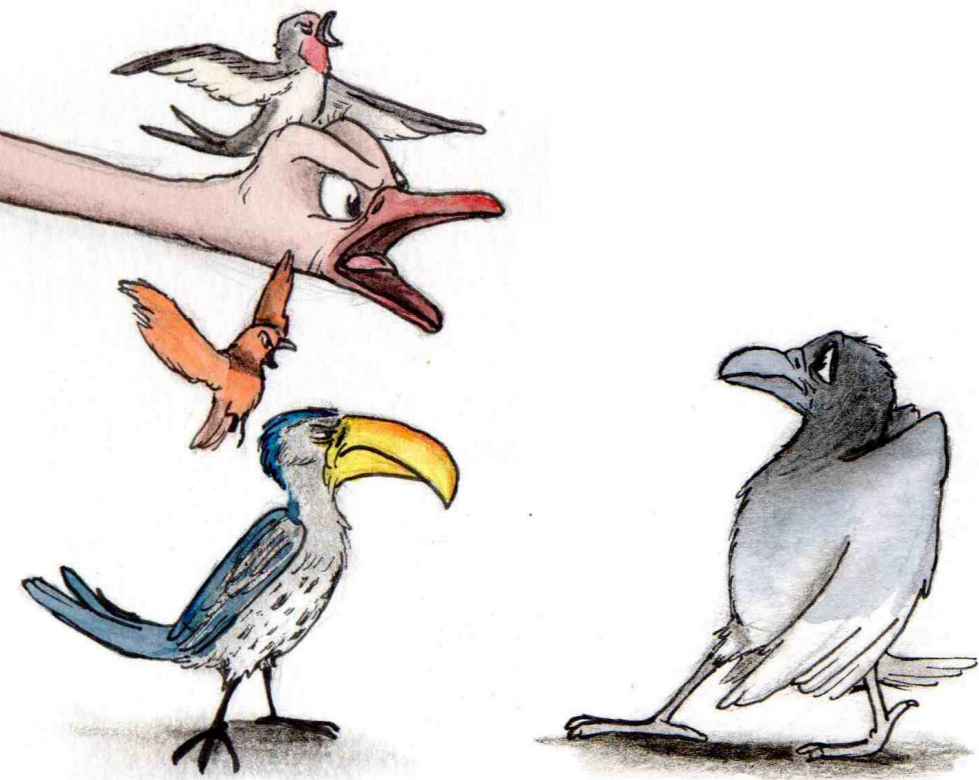
—Por un lado, él come carne e insectos, y por otro lado, come frutas y bayas.

El consejo llamó al cuervo y le dijo:

—Puede que seas un sacerdote, enviado por el dios Sol, pero lo que haces está mal.

Las aves más pequeñas deben comer carne o insectos; y las aves más grandes deben comer fruta y granos. Pero tú comes lo que te da la gana y te niegas a seguir con lo que acordamos. Te has vuelto un deshonesto y tendrás que pagar por ello.

El consejo de aves lanzó una maldición sobre él. Y a partir de ese día los cuervos dejaron de ser blancos y se volvieron completamente negros.



CÓMO EL GATO SE HIZO AMIGO DE LA MUJER

Hace mucho tiempo, el gato era amigo del antílope que vivía en el monte. Pero una vez, un león mató al antílope. Entonces el gato pensó que el león era mejor y se hizo su amigo. Un grupo de elefantes luchó contra el león y lo mataron, por lo que se convirtió en amigo de los elefantes. Más tarde vio a un hombre matar a un elefante.

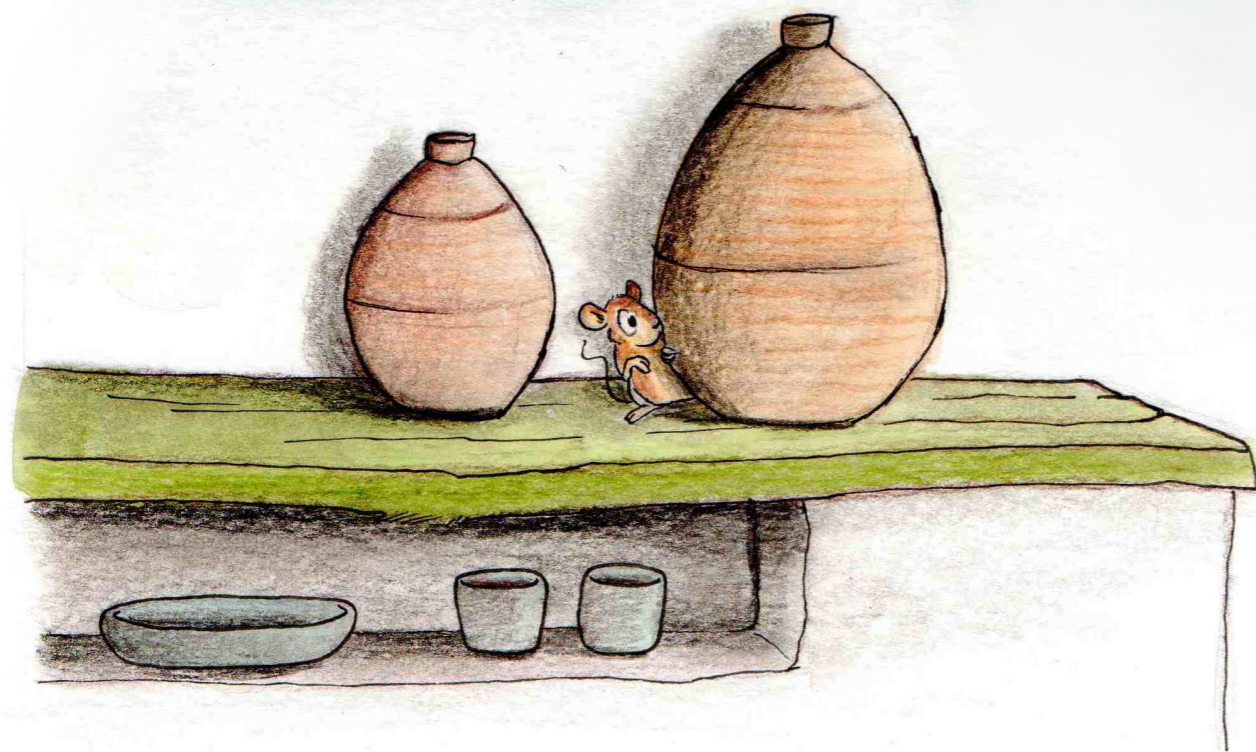
—Oh, éste es mejor que el elefante —dijo el gato, y se convirtió en amigo del hombre.

Tan pronto como el hombre entró en su casa, hubo una pelea con su esposa, y su esposa corrió hacia él con un palo y gritó:

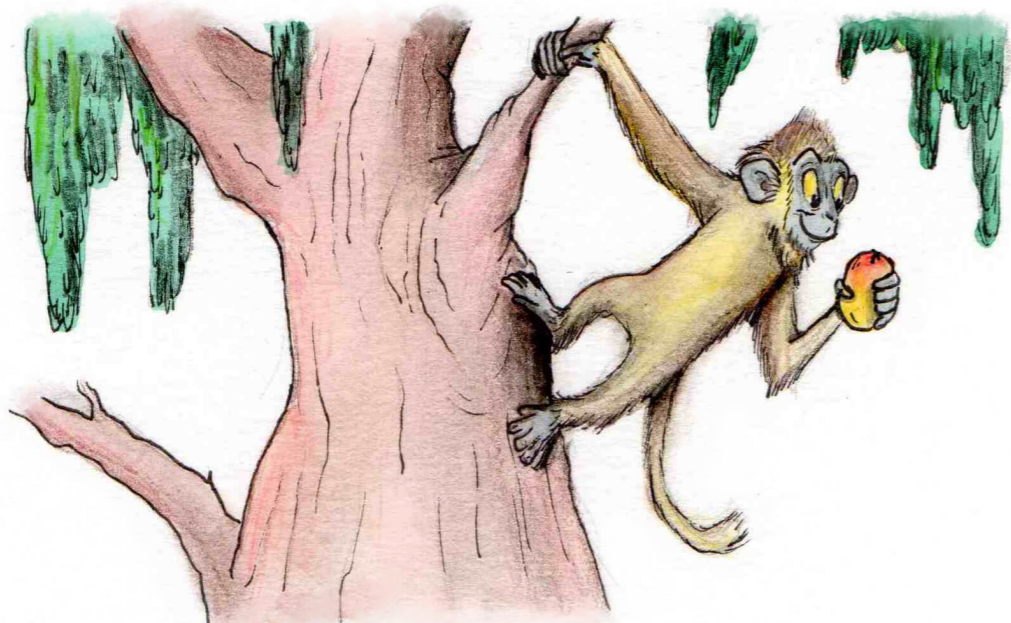
—¿Dónde has estado?

Y le gritó muchas cosas malas. Entonces el hombre se escapó.

—Oh —dijo el gato—, la mujer es más fuerte que el hombre. Entonces se hizo amigo de la mujer.



EL COCODRILO Y EL CORAZÓN DEL MONO



En medio de un gran río había una pequeña isla. Y en ella había un mono, que vivía feliz porque se alimentaba de un árbol que daba frutos muy dulces y deliciosos. Un día, un cocodrilo salió del río y suplicó al mono que le arrojara una fruta. Él se la tiró, y el feroz animal comió con gusto y añadió que estaba deliciosa.

—Dame otra, por favor —pidió el cocodrilo al mono.

Y así lo hizo. El cocodrilo se marchó rápido llevando la segunda fruta a su esposa.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó ella.

—Un mono me ha lanzado dos de aquel árbol tan apetecible. Me he comido uno y el otro lo he traído para ti —respondió el esposo.

—¡Mmm, qué delicia! Yo quiero ver a ese simio tan listo, muéstramelo —dijo ella.

La pareja volvió a acercarse al lugar en donde se hallaba el mono.

—Por favor, danos de nuevo dos frutas —le pidieron, y él se las arrojó.

Entonces la señora cocodrilo con una voz amigable le preguntó:

—¿Por qué no vienes a nuestra casa? Te invitaremos a un buen almuerzo en agradecimiento.

—No, no puedo ir al río. No estoy hecho para nadar, lo mío es pasar el día subiendo y bajando por los árboles.

—No te preocupes mono, irás subido a nuestro lomo y no te

pasará nada.

De este modo convencieron al saltarín animal, que se marchó con ellos.

Mientras iban de camino, los cocodrilos hablaban entre ellos susurrando. En el momento en que quedaron bien alejados de la orilla, frenaron de golpe y dijeron al mono:

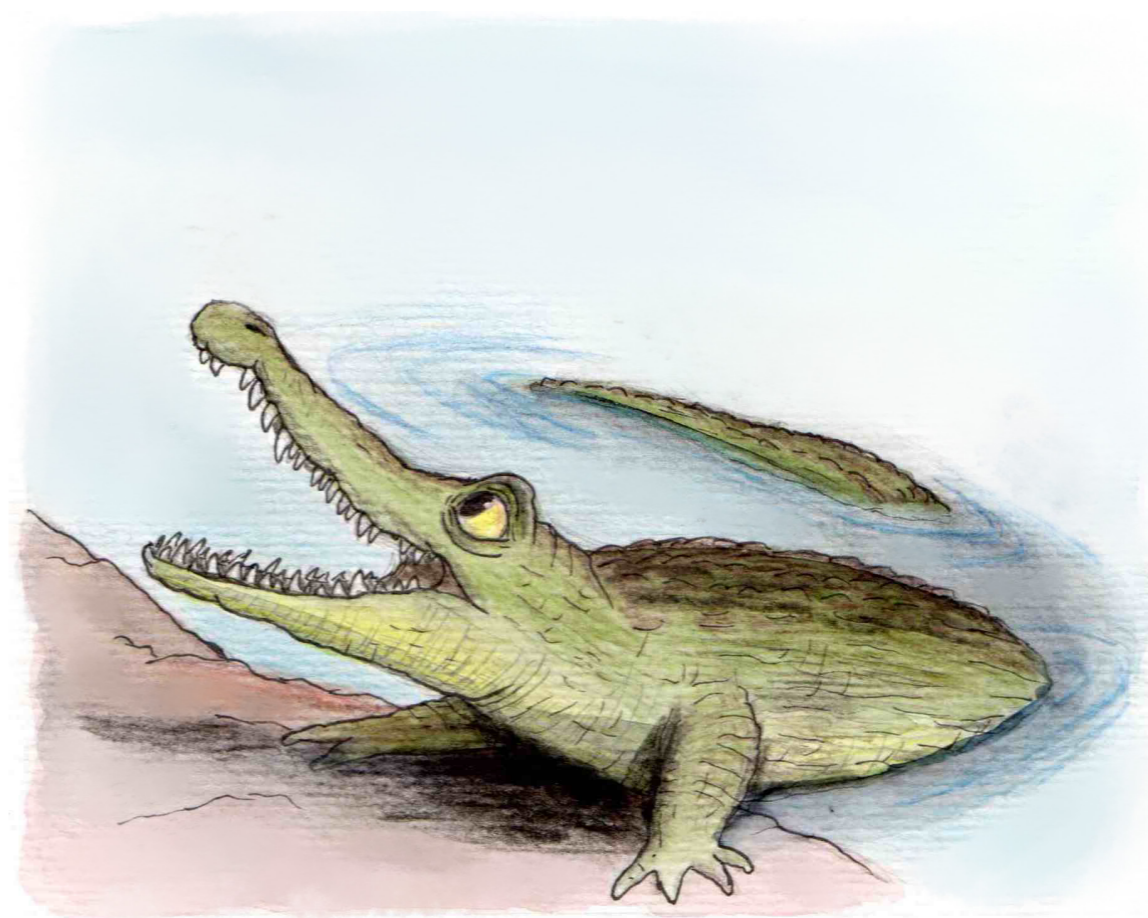
—En realidad, tú vas a ser nuestro almuerzo.

—¿Cómo es que me vais a comer, si os ayudé a conseguir los ricos frutos de ese árbol? —replicó el mono preocupado.

—Queremos comernos tu corazón —contestó el cocodrilo esposo—. Vemos que eres un animal muy inteligente, y tu corazón debe de ser la fuente de la sabiduría. Queremos ser tan listos como tú.

El mono lo pensó y añadió:

—Bueno, que así sea. Estoy de acuerdo contigo. En efecto, de mi corazón se obtiene la sabiduría, y si lo queréis vuestro será. Pero no lo tengo conmigo. Lo guardo en el árbol donde vivo. Así que llévame allí y te lo daré.



—¿Estás seguro de que lo mantienes allí? —dijo la esposa cocodrilo, que no acababa de convencerse.

—Por supuesto, no pensarás que me iba a llevar a todos lados lo más importante que poseo.

Finalmente se decidieron y volvieron a la isla. Pero en cuanto el mono trepó al árbol, comenzó a reírse de ellos.

—Qué bobos habéis sido al pensar que guardaba aquí mi corazón. ¿Cómo puede alguien vivir con el corazón fuera de su cuerpo? Ahora si lo queréis, venid trepando a por él.

Y siguió burlándose de ellos, mientras estos se alejaban furiosos.

Moraleja: La estupidez es vencida por el ingenio.



ZEYTA HASEBE Y EL REY

Había una vez un rey. Todos los días salía al balcón para observar su reino, y siempre veía un niño que jugaba justo delante de la puerta del castillo. Le hacía tanta gracia verlo jugar que comenzó a invitarle a entrar para que lo hiciese en su presencia.

Un día por curiosidad, el rey preguntó a su adivino personal:

—Adivino, ¿cuál será el destino de este niño cuando crezca?

—Él te suplantarán en el trono - respondió el mago.

El rey lleno de temor y furia mandó a los guardias que, sin levantar sospechas, metieran al niño dentro de una caja grande y lo arrojaran al mar.

Afortunadamente, un matrimonio sin hijos encontraron en la orilla la caja y dentro de ella al niño. Estaba magullado y había perdido la memoria. Lo llevaron a su casa, lo llamaron Zeyta Hasebe (que significa "inesperado") y lo criaron como si fuera su hijo.

Pasados unos años, por el reino comenzaron a aparecer algunos grupos que se rebelaban en contra del rey. Este, con el fin resolver el problema de seguridad y controlar a la población, se dispuso a recorrer con su ejército todo el país. Cuando llegó al poblado en donde vivía el joven Zeyta, el rey se instaló justo en su misma casa.

A la hora de la comida, el muchacho se encargó de lavar las manos del Rey y de sus padres, y de servir todos los platos y bebidas. El rey, viendo la actitud tan amable y su capacidad para trabajar duramente se encariñó de Zeyta, y quiso averiguar más cosas sobre él. La pareja explicó que no eran los padres biológicos del chico, pero que lo criaron como tal desde que se lo encontraron, hace años en el agua.

Cuando el rey escuchó la historia de cómo encontraron al chico, casi no pudo disimular su sorpresa.

El rey, decidido a acabar con él, pidió a los padres que le permitieran llevar consigo al joven a su palacio y así trabajase para él. Ellos estuvieron de acuerdo.



Como el rey debía continuar con su expedición, envió a Zeyta al castillo, pero antes le dio un papel escrito y cerrado encargándole que nada más llegar lo entregara a los guardias. En dicho papel ordenaba que mataran al muchacho en cuanto lo vieran.

Por suerte, durante su camino hacia el palacio una gran y sabia águila se acercó a Zeyta y le pidió que le diera el papel. El chico sin saber muy bien a qué venía aquello aceptó, y el águila a cambio le dio otro documento escrito que decía: 'Casado a este muchacho con mi hija de inmediato'.

—Entrega a los soldados del castillo este papel. Confía en mí y todo saldrá bien —dijo el águila y se marchó.

Poco después Zeyta llegó al palacio y entregó la carta a los guardias. Estos sin pensarlo dos veces hablaron con los familiares del rey y en poco tiempo el matrimonio entre él y la princesa se celebró. Justo entonces volvía el rey de su viaje. Llegó a palacio mientras las ceremonias de la boda aún continuaban y vio una gran carpa.

—¿Para qué es esto? —preguntó a los soldados que estaban cerca.

—Ésta es la tienda de bodas, para Zeyta y tu hija. Tal y como ordenaste que hiciéramos en ese papel que nos trajo el muchacho.

El rey que no cabía en sí de su asombro se mareó y cayó de su caballo, con tan mala fortuna que su espada se clavó en su costado y murió.

El joven Zeyta Hasebe tras esto asumió el trono real, tal y como se había predicho.

Moraleja: El destino te persigue aunque intentes evitarlo con engaños.







